

## A LA BÚSQUEDA DE UN PÚBLICO

*José Manuel Benítez Ariza*

¿A quién van dirigidas las obras de arte? ¿Para quiénes se escriben los libros, se pintan los cuadros, se compone una pieza musical? Para un editor, un productor discográfico o un marchante, la respuesta sería obvia: para quienes compran esos libros, discos, cuadros; o para quienes, haciendo uso de una titularidad fiduciaria sobre ellos, los disfrutan en calidad de usuarios de una biblioteca, asistentes a un museo o simples oyentes. Parece claro que, en cuestiones de arte, habrá siempre que distinguir entre el aficionado que paga -y, por tanto, proporciona beneficios directos y un medio de vida al artista-, y el que no puede o no quiere pagar, pero puede aportar al creador otros beneficios: el de saberse conocido, respetado, comprendido e incluso admirado por un número más o menos amplio de personas. El tópico quiere, incluso, que imaginemos que los verdaderos entendidos, los más aplicados y entusiastas, están entre quienes no pagan. La iconografía al uso suele representarlos en la primera fila del "gallinero", con las solapas del gabán levantadas y los guantes puestos, siguiendo la representación en curso con el libreto o la partitura en la mano, mientras en los palcos y en las localidades preferentes se aburre un público mejor vestido, pero perfectamente insensible a las bellezas de lo que se está interpretando...

Ante este estado de cosas (o, mejor, ante esta idea heredada, que no sabemos a ciencia cierta si es del todo verdadera), el

artista puede tomar actitudes opuestas: o inclinarse cínicamente ante quienes pagan, o refugiarse en el parco consuelo de saberse "admirado" por un número indeterminado de entendidos, sin que sea posible convertir esa admiración en beneficios netos. Existen también posibilidades intermedias, o mixtas: ni al más desmadrado autor de best-sellers le parecerá mal que lo comparen con Stevenson, pongo por caso, si escribe novelas de piratas, o con Dickens, si lo suyo es el melodrama. No faltarán críticos dispuestos a esta labor de realce: de hecho, de cada diez reseñas publicadas en suplementos literarios, por lo menos nueve no hacen sino recomendar, ante un público presuntamente entendido, obras perfectamente banales y de interés pasajero. Por otro lado, tampoco suele ser el creador quien decide el destino de su obra: el azar juega su parte, y lo mismo puede condenar a la indiferencia obras con todos los ingredientes para el éxito inmediato, que poner de moda la creación más abstrusa y pretenciosa, en principio destinada sólo a "entendidos". Y no hay que olvidar el componente cíclico que tienen todos estos procesos: lo que durante un tiempo es cultivado en ámbitos minoritarios puede convertirse, pasado un cierto periodo de aclimatación, en objeto de devoción mayoritaria. Pienso en la corriente de recuperación de escritores menores, bohemios u olvidados que se cultivó, durante los años ochenta, en revistas muy minoritarias y en libros de más que problemática salida. Años después ese caldo de cul-

tivo en el que había "revivido" el recuerdo de autores como Pedro Luis de Gálvez (reivindicado tempranamente por el malagueño Álvaro García en un folleto y en un posterior artículo publicado en la revista *Renacimiento*) o Rafael Sánchez Mazas (rememorado por Andrés Trapiello en un cumplido ensayo publicado en *Fin de Siglo* e incluido luego en el libro *Clásicos de traje gris*), ese caldo de cultivo, decíamos, daba lugar a inesperados *best-sellers* sobre esos mismos personajes. Eso sí, a cargo de otros autores.

En estas circunstancias, llama la atención el papel que juegan los poderes públicos en la difusión de las obras de arte. Qué duda cabe de que a algunos artistas les arreglan la vida: así, en un programa subvencionado de conciertos el sueldo de los músicos, por suerte para ellos, no depende de la taquilla. Puede que esa seguridad sea beneficiosa para determinadas artes, e incluso necesaria para su mera supervivencia como "bienes culturales". Quizá en nuestras desoladas capitales de provincia no haya público para conciertos de música sinfónica, y esperar que ese público surja de la formación musical que se imparte en escuelas e institutos sea pedir peras al olmo. En pintura, por lo que sé, la cosa no está tan clara: los galeristas, allí donde los hay, se quejan de la evidente distorsión que supone que las instituciones organicen exposiciones y que en éstas incluso se negocie más o menos abiertamente con lo expuesto, en detrimento de los profesionales del ramo.

En cuanto a la literatura, podría decirse que el resultado más obvio de la acción institucional es la consagración del esta-

do de cosas existente: en las altas esferas se premia al ya conocido, al anciano con obra prestigiosa y reconocida, o al no tan anciano cuya obra, de alguna manera, refuerza los valores biempensantes que sirven de coartada al poder establecido. En niveles intermedios, se practica una política que, vista con cierta distancia, no hay más remedio que describir como mero reparto de un botín ciertamente escaso: becas, viajes, circuitos de lecturas, cursos de verano, etc., que contribuyen a redondear las cuentas de ingresos de sus destinatarios, pero no a ampliar o a afianzar la que debiera ser su primera fuente de ingresos: el público lector. Y no porque a las instituciones no les preocupe la cantidad de personas a las que pueda interesar la literatura, sino porque, para ellas, estas personas no son un público propiamente dicho, sino mera clientela de un foro determinado, al que se acude por fidelidad a la institución y al partido o cargo público que la regenta. Y, así, se da el caso de que quienes asisten a los actos que organiza, pongo por caso, un ayuntamiento, no van a los que organiza la diputación o el gobierno autónomo, si están gobernados por otro partido... También entre los autores, en fin, hay quienes, sin haber hecho nada que lo justifique, resultan favorecidos por determinadas instituciones e ignorados o soslayados por otras.

Merece la pena ahondar un poco en estas cuestiones, aunque no sea más que por disfrutar de los placeres de la sociología recreativa. Sobre los "actos literarios", por ejemplo, se han escrito ya algunas páginas hilarantes (las mejores, quizá, en los diarios de Andrés Trapiello) y otras más o

menos dolidas. Anécdotas las hay para todos los gustos. En algunos lugares te reciben con pancartas (no exagero: "Bienvenidos, poetas", rezaba la que nos saludó, a un colega y a mí, a la entrada de un pueblecito de Jaén al que acudíamos para participar en un acto del programa "Poetas en el aula"); en otros, resulta penoso el mero deambular por el pueblo preguntando donde está la biblioteca o la Casa de Cultura, que nadie conoce, o ver los apuros del "técnico" o el concejal de turno intentando reunir desesperadamente a seis o siete personas para que asistan al acto "programado" con meses de antelación, y luego desatendido y olvidado por quienes tenían asuntos más urgentes de los que ocuparse... En las ciudades grandes, como es lógico, estas cosas se asumen con mayor naturalidad: si no va nadie a una "presentación", tanto el invitado como el anfitrión saben tomárselo deportivamente. Pero lo verdaderamente penoso, como decíamos, no es tanto que las salas se llenen o no, como que el escritor invitado no tenga posibilidades de encontrarse con "su" público, con sus lectores más o menos fieles, sino que se vea abocado a lidiar con un foro más o menos estable de "habituales" que, en muchos casos, es más que probable que no sepan nada de él. Si es ameno, tiene buen porte y cierto don de gentes (amén de algún talento para la diplomacia, en caso de que el foro se le presente hostil), los asistentes celebrarán el acto como si en él se les hubiera revelado la Literatura en persona (lo que no quiere decir, naturalmente, que al día siguiente acudan masivamente a las librerías a comprar los libros de quien tan buena impresión les ha causado). Por el contrario, si el invitado no cae en gracia

o hiera alguna sensibilidad local o gremial (para lo que basta que entre los habituales del foro en cuestión haya integrantes de cualquier camarilla literaria resentida, o que el autor defienda ideas distintas a las del elemento profesoral frecuente en estos públicos), se le despedirá con la frialdad más absoluta, y hasta puede que con algún que otro insulto, si las cosas se salen de madre. No digamos cuando lo colocan ante una audiencia de adolescentes llevados a la fuerza... Algunos dirán que estas cosas van en el sueldo, y que, por incómodo que haya podido resultarle el acto al invitado, a nadie le amarga cobrar una cantidad más o menos sustanciosa por apenas una hora de trabajo. Lo que nadie se pregunta es si cualquier otro profesional menos necesitado de relevancia pública y afectos declarados, si un electricista o un fontanero, pongo por caso, se avendrían a pasar uno o dos días enteros fuera de casa (noche incluida) a cambio del estipendio habitual por este tipo de actos.

¿Por qué se hacen, entonces? Para promocionar la lectura, nos dicen. Para que la gente conozca a los escritores de la tierra. Para que la población esté "al día" en cuestiones de actualidad literaria... Objetivos, como se ve, claramente incumplidos en la realidad. Sin embargo, ¿se atrevería uno a proponer que estos actos fueran suprimidos? ¿A renunciar al pequeño aporte de adrenalina que supone, en las horas bajas, que se acuerden de uno, pongamos, en Cercedilla para inaugurar la feria del libro, o le pidan que presente su último libro en Navalcarnero, o firme ejemplares bajo el techo metálico de cualquier caseta de feria en la tórrida prima-

vera literaria andaluza? No, claro que no. Lo que sí pediría, a quien corresponda, es que afinase un poco, que tirase a la basura los apolillados *mailings* con direcciones de acólitos y deudos, que se olvidase de amigos y conocidos, y buscase al público en otro sitio. En las librerías, por ejemplo, donde quizá haya todavía lectores que no son fieles más que al criterio que les lleva a gastar su dinero en determinados libros; o en las bibliotecas; o incluso en las escuelas y facultades (eso sí, con mucho tacto, para que nadie confunda la literatu-

ra viva con el prestigioso cadáver embalsamado que suele servirse en tales lugares). No es seguro que, hecha esta exploración, se encuentre un público mejor o simplemente distinto del que ya hay. Pero merecería la pena intentarlo.

Aun sabiendo que, por mucho que se haga en el proceloso mundo del patrocinio oficial, nada podrá influir (y quizá sea lo mejor) en ese azar que determina la aceptación de un autor o el éxito de un libro.